

POSTMODERNIDAD, GLOBALIDAD Y TRANSCULTURIZACIÓN. LA CIUDAD DE MÉXICO EN LOS INICIOS DEL SIGLO XXI.

El pasado no es mejor que el presente: la perfección no está atrás de nosotros sino adelante, no es un paraíso abandonado sino un territorio que debemos construir, una ciudad que hay que construir.

Octavio Paz

Gerardo G. Sánchez Ruiz

Universidad Autónoma Metropolitana-A.

Las formas de urbanización con las que la ciudad de México se presenta en el siglo XXI aunado a las relaciones establecidas entre sus habitantes, muestran una serie de situaciones donde es patente, la manera en que los diversos grupos sociales buscaron dar cuerpo a las aspiraciones que les generaron las modernidades sucedidas a lo largo del siglo XX. Esas aspiraciones —en contextos donde los grupos dominantes han impuesto políticas económicas acordes con sus intereses—, se expresaron en desde poseer un simple espacio donde vivir, gozar un nivel de servicios adecuado, acceder a un nivel socioeconómico más o menos modesto; hasta, circular a través de las principales avenidas de la ciudad, habitar las zonas más selectas o hacer uso de espacios excelsos para adquirir una serie de objetos anunciados como portentos de cada una de las modernidades vividas.

Es en partes específicas de la ciudad y en especial en sus periferias donde esta nueva modernidad —la que se le ha venido consolidando con el nombre de postmodernidad¹—, se ha tornado lamentable si se consideran las condiciones en las que se conducen sus pobladores, a saber: cambios en las pertenencias culturales, quebranto de las condiciones de convivencia, acrecentamiento de la violencia, animadversiones que se expresan en algunos de los movimientos sociales, situaciones de abatimiento que germinan entre algunos grupos, bajos niveles en servicios, trastornos al medio ambiente, etcétera, etcétera. Esas condiciones al extenderse en la ahora megalópolis, la han convertido en un ente al que a sus añejos problemas, se le han agregado otros muy propios de la nueva era; y donde por supuesto, las renovadas carencias claman: nuevos satisfactores, otras formas de conducción en los gobiernos y nuevas actitudes entre los ciudadanos.

Así, en un proceso que fue sustituyendo a una modernidad que fenecía en particular desde la séptima década del siglo pasado, y en un contexto de amplia producción tecnológica, estrechas relaciones entre países, revolucionados medios de comunicación, embellecedores lenguajes y, una multitud de movimientos culturales, de entre otras situaciones, la ciudad de México se ha

¹ Octavio Paz en un texto de 1986, refiriéndose a la manera en que se venía definiendo a la nueva época que ya se vivía, señalaba: “La crítica, con cierto retraso, ha advertido que desde hace más de un cuarto de siglo hemos entrado en otro período histórico y en otro arte. Se habla mucho de la crisis de la vanguardia y se ha popularizado, para llamar a nuestra época, la expresión «la era posmoderna». Denominación equívoca y contradictoria, como la idea misma de modernidad. Aquello que está después de lo moderno no puede ser sino lo ultramoderno: una modernidad todavía más moderna que la de ayer [...] Llamarse postmoderno es una manera más bien ingenua de decir que somos muy modernos” (Paz,1993:515).

insertado en una postmodernidad que ha generado nuevas dinámicas económicas, nuevas representaciones en el mundo de las ideas, condiciones de un urbanismo transcultural y por supuesto, nuevos y variados usos del territorio; no obstante como sucedió con sus antecesoras, esa nueva modernidad se ha venido construyendo sobre la base de disfrutes desiguales entre sus habitantes. Desde esa perspectiva, este trabajo se propone mostrar algunas particularidades de la manera en que la postmodernidad se ha insertado en los distintos rincones de la ciudad de México, en la vía de aportar elementos que permitan entender cierta dinámica, y en ese sentido, anteponer algunas vías para construirla con una mayor pertenencia y por ende con mayores índices de habitabilidad.

Los caracteres modernos asumidos por la metrópoli

Como una primera premisa para poder enmarcar las condiciones de vida de los ciudadanos y así ubicar los caracteres posmodernos de la ciudad de México, convendría mostrar una serie de situaciones donde se observa que la ciudad de México —a riesgo de incurrir en una tautología—, vive en el presente una nueva era económico, social y cultural. En ese sentido, habría que hacer el ejercicio de situar a ésta y a sus habitantes en un pasado no muy lejano, el cual podría emplazarse cuando concluyó la parte armada de la Revolución, donde como efecto de las aspiraciones de los sectores sociales que emergieron de ese movimiento, la ciudad —entre accidentados pasos y atendiendo sobre todo situaciones de urgencia— fue adquiriendo rasgos de un ansiado progreso y de la modernidad² que se desplegaba en esos años.

Y es que la búsqueda por habitar una ciudad que resolviera carencias como las de circular en grandes avenidas, contar con alguna vivienda, acceder a espacios para el cuidado de la salud, educarse en una escuela, recrearse en algún parque, adquirir los artículos producto del avance tecnológico, etcétera. Se extendió también como una condición ideológica en el hecho de saberse los ciudadanos, habitantes de una metrópoli moderna; sobre todo cuando gran parte de esos habitantes habían sido expulsados de la tranquila provincia mexicana al disminuir las inversiones en ésta y, la ciudad de México, se les presentó como la posibilidad de bienestar y progreso al empezarse a concentrarse en ésta el mayor peso del desarrollo industrial y de los consecuentes equipamientos para la salud, educación, vivienda, esparcimiento y la gestión pública.

Y es que al concluir la parte armada de la Revolución, con la base de una modernidad porfirista que fenecía, remontar las condiciones de insalubridad, de condición social o con la aspiración de poseer una casa o un espacio para realizar alguna actividad que generara beneficios;

² El mismo Octavio Paz, intentando explicar los caracteres de la modernidad, señalaba: “La modernidad se identificó con el cambio, concibió a la crítica como el instrumento del cambio e identificó a ambos con el progreso. Para Marx incluso la insurrección revolucionaria era crítica en acción. En el dominio de la literatura y las artes la estética de la modernidad, desde el romanticismo hasta nuestros días, ha sido la estética del cambio. La tradición moderna es la tradición de la ruptura, una tradición que se niega así misma y se perpetua” (Ibid:514).

habitantes y gobernantes dieron cabida a un conjunto de propuestas inspiradas en las ideas de una modernidad que no sin problemas, florecía en los Estados Unidos y en Europa. De ese modo, con el apoyo de posturas que clamaban la apertura de las ciudades con grandes avenidas, con áreas soleadas, ventiladas, higiénicas y con decorosos espacios verdes se procedió a intervenir, partes importantes de la ciudad ya constituida; además de realizarle algunas adendas como resultado del crecimiento poblacional, adendas que siguieron los patrones impuestos desde los primeros ensanches de la ciudad en el siglo XIX, a saber: las mejores zonas de vivienda al sur y al poniente y; las peores, al norte y sobre todo al oriente.

Así, respecto a las primeras, en una condición reducida pero al amparo de algunas notas del urbanismo moderno, se generaron colonias como la Roma Sur, Chapultepec Heights, Hipódromo Condesa, Industrial, Cuauhtémoc, Narvarte, Del Valle, Guadalupe Inn, Nápoles, y a fines de los sesenta el Pedregal de San Ángel o la colonia Lindavista. En torno a las segundas —y en sus inicios integradas como producto de invasiones de grupos movidos por la efervescencia revolucionaria—, aparecieron o se ampliaron colonias como la Valle Gómez, Buenos Aires, Obrera, ExHipódromo de Peralvillo, Maza, Federal, Moctezuma, Paulino Navarro, Emiliano Zapata, Francisco Villa, Río Blanco, Gertrudis Sánchez, Ramos Millán, la Escuadrón 201 o, a fines de los cuarenta las Colonias del Exvaso de Texcoco que en 1963 adquirieron el nombre de Ciudad Nezahualcóyotl.

Como obra de esa expansión y para conectar esas colonias con los centros de consumo, trabajo o esparcimiento, la urbe resintió la apertura y la ampliación de calles para dar paso a avenidas que a través de sucesivas propuestas de Plano Regulador y, con el impulso del arquitecto Carlos Contreras y otros interesado en la ciudad, buscaron parecerse a los “boulevares” ya existentes en las ciudades norteamericanas o europeas —y no precisamente provenientes de las ideas de Le Corbusier como algunos estudiosos de lo urbano han sostenido—³. Con esas ideas de progreso, que en una vertiente se traducían en la intención de desaparecer los focos de infección significados por calles sin pavimento y canales que empezaban a recibir desechos en grandes volúmenes, se ampliaron o surgieron, avenidas como San Juan de Letrán, 20 de Noviembre, Anillo de Circunvalación, Pino Suárez, Insurgentes, Puente de Alvarado, Félix Cuevas y la parte sur de Reforma. Esas calles y avenidas, se empezaron a llenar con: los “fordcitos”, los Packard,

³ Por mucho tiempo los estudios sobre nuestra ciudad, han considerado que las intervenciones recibidas por la ciudad de México al evolucionar hacia una urbe moderna, fueron inducidas por las ideas de Le Corbusier, lamentablemente la aseveración fue obra del desconocimiento y del prejuicio; sí había ideas del exterior como las de Ebenezer Howard, John Nolen o de Edward H. Bennett, pero también —y preponderantemente— había condiciones y necesidades propias, esto fue lo que matizó aquella condición. De ahí que en 1938 el arquitecto Carlos Contreras señalara: “Es preciso demostrar que es conveniente la descentralización y que en vez de rascacielos y soluciones a la “Le Corbusier”, quizás nos convenga más arrasar las manzanas de construcciones miserables e indeseables, reconstruyendo en ellas núcleos de habitaciones de 1, 2 y 3 pisos con amplios jardines y espacios abiertos y con fácil acceso y cerca del centro de la ciudad para que los empleados y trabajadores que forman un grupo tan numeroso puedan ir a comer a sus casas a pie en vez de hacer ese penoso recorrido en tranvía o camión con duraciones variables de 20 a 60 minutos” (Contreras, 1939). (Ver: Sánchez, 2002).

los Buick y los Chevrolet ya fueran para uso individual o para uso colectivo; los primeros grandes anuncios que señalaban la pertenencia moderna de los comercios o que ofertaban los artículos ofrecidos por ésta; y por edificios como el de Seguros la Nacional, el de la Lotería Nacional, el Hotel Reforma, el Hotel del Prado, la Torre Latinoamericana o, torres como las del Conjunto Habitacional Nonoalco-Tlatelolco, con lo que la ciudad elevó a las alturas, las aspiraciones de progreso de sus habitantes.

A la vez, en esas transformaciones de la ciudad y evolucionando a partir de los primeros conjuntos obreros gestados a lo largo de los años treinta en Balbuena, San Jacinto, la Vaquita y Lomas de Chapultepec, a fines de los cuarenta, se empezaron a erigir —como unas de las notas más difundidas de lo moderno—, los grandes multifamiliares materializados en las Unidades Habitacionales Miguel Alemán, Benito Juárez, Santa Fe o Tlalnepantla obras debidas a proyectos dirigidos por el arquitecto Mario Pani —ahora sí con la influencia de Le Corbusier—; espacios estos, publicitados como espacios seguros para las familias, con amplias áreas verdes y la posibilidad de utilizar servicios de diversa índole sin salir de los conjuntos.

En esa vía y como estilos de la arquitectura y en algunos casos como verdaderos estilos de vida —porque implicaban impresos, vestimenta, muebles, herrería y otros objetos—, la capital fue luciendo implantes neoindígenas —muy reducidos—, Neocoloniales, Art Déco, Funcionalistas, y al final de la era, edificaciones en Estilo Internacional; por supuesto, en esa forma de expansión y abarcando los mayores espacios de la ciudad, se extendió la modalidad impulsada y construida por sus propios habitantes: la popular. Indefectiblemente, esta tendencia en la ciudad se generó con programas arquitectónicos cuya directriz fue la mera necesidad de esos habitantes, aunado al mínimo conocimiento de las tecnologías constructivas de la época; en particular, estructuras reticulares o mixtas erigidas a partir del uso del concreto armado, de la piedra braza y de tabiques procedentes de los hornos localizados a lo largo de las carreteras a Puebla, Pachuca y la avenida Insurgentes.

Los comportamientos y los gustos de gran parte de los habitantes de la renovada ciudad se matizaron por sus intenciones o aspiraciones de ser o verse modernos en todos los ámbitos de la vida, ejemplos de esas maneras de conducirse fueron por ejemplo: acudir a los restaurantes de San Juan de Letrán, la avenida Juárez o la calle de Madero para exteriorizar con un Montecarlo en la mano, las poses aprendidas en las películas norteamericanas donde era recurrente fumar y mostrar una copa o un vaso en la mano. En estos espacios, también se podía disfrutar de un café, una cerveza Moravia o una bebida exótica comentando los sucesos del momento, especialmente los referentes a los acomodos políticos en el gobierno o dentro del Partido Nacional Revolucionario y los subsecuentes Partido de la Revolución Mexicana y el Partido Revolucionario Institucional.

Era usual para esos nuevos modernos, recorrer calles como las de Gante, Francisco I. Madero, 16 de Septiembre, o la avenida Juárez para visitar almacenes como el Centro Mercantil, el Mundo Elegante, High Life, el mismo pasaje de San Juan de Letrán o —con sus bemoles por lo dificultoso de las zonas—, asistir a mercados como el de Mixcalco, La Lagunilla, San Cosme e Hidalgo; con el fin, de comprar ropa o algún accesorio y colocarse de esa manera en los gritos de la última moda —por supuesto neoyorquina, londinense o parisina—. A la vez para esos ciudadanos, era un rito pasear en el Zócalo, la Alameda, Chapultepec, el pueblo de Guadalupe Hidalgo o en el Canal de la Viga ya fuera para distraer a la familia, para iniciara una nueva relación o simplemente para mostrar sus mejores vestimentas, por supuesto el paseo se remataba con la clásica foto para el recuerdo la cual atinaba ser siempre familiar.

Se podía asistir al estreno de una película sobre todo de la llamada época de oro, en cines como el Olimpia, el Alcázar, el Bucareli, el Majestic, el Hipódromo, el Opera, el Cosmos, el Roble, el Paris o el Mundial; o a más populares como el Acapulco, el Sonora, el Cuauhtémoc o el Modelo en Iztacalco; igualmente era acostumbrado disfrutar de los ritmos de moda —guaracha, danzón, mambo o cha cha cha— en salones de baile como Los Ángeles, México, Colonia, Riviera o el Recreativo Iztacalco y con interpretes como las orquestas de Pérez Prado, Acerina o Gamboa Cevallos, y; si se tenía un poco más de dinero, se podía pulir el cinturón en cabarets de la calidad del Leda, el Burro o el Tío Sam.

De otra manera, se pagaba una butaca —desde preferente a galería— en la antigua Arena México, la Coliseo, la Venustiano Carranza o el Toreo de la Condesa, para ver un buen encuentro de box, con los ídolos de la época, a saber: Rodolfo “el Chango” Casanova, Juan Surita, “Kid Azteca”, el “Ratón” Macías, José Medel “el Huitlacoche”, Rubén “el Puas” Olivares, Vicente Saldívar o, José “Mantequilla” Nápoles; en ambos casos, se remataba con una decorosa cena o simplemente con unos tacos en alguna de las fondas o puestos aledaños a estos centros de diversión. Como la ciudad se diversificaba, y para sectores con mayor poder adquisitivo, se podía asistir al Club de Golf México o al Frontón México y de ese modo acariciar una particular forma de ser modernos.

Por supuesto una de las notas más influyentes en la vida de los capitalinos, fue el efecto recibido en sus hogares al acceder a lujos como el teléfono, la aspiradora, la lavadora o la licuadora, y es que éstos redujeron el nivel de trabajo de las señoras o de sus fámulas —o al menos a éstas se lo diversificaron—, permitiéndoles sobre todo a las primeras, el desarrollo de otras actividades sociales en el club o en el deportivo o, de trabajo de principio en oficinas. No obstante, algunos de los mayores efectos entre los ciudadanos resultaron primero, del uso de la radio y posteriormente, del uso de la televisión en blanco y negro —comprados previo paseo efectuado por el centro de la ciudad y en ocasiones en abonos—.

Esos aparatos, aparte de ocupar un lugar privilegiado del hogar y modificar los hábitos de comunicación al interior de las familias y con los vecinos, sirvieron para enterar a oyentes y videntes de los artículos que ofrecía la nueva vida; pero además, para mostrar los estereotipos que se inducían como parte de la nueva vida; por supuesto los mismos —incluido el automóvil—, exigieron a los edificadores variar su percepción respecto a los programas urbano arquitectónicos, y por consiguiente, de las realizaciones; porque ahora se requerían espacios como el baño —con tasa, lavabo, tina y regadera—, el cuarto de lavado, la alberca y la cochera.

Sin dudar, esas y otras situaciones que aquí no es posible registrar, fueron parte de la vida de la metrópoli y de la asunción de sus habitantes a una nueva modernidad, luego entonces, esa manera en que se integraron pobladores y sus espacios, finalmente matizó la nueva condición de la ciudad —aún con sus condiciones de progreso diferenciadas—. Y no obstante ser ahora situaciones del pasado —dirían los nuevos filósofos, parte de “la nostalgia”—, innegablemente constituyeron toda una época en la vida de los ciudadanos y por ende de la capital; más aún, fueron la base sobre la que se construyeron las actuales formas de desenvolvimiento adoptadas por el binomio pobladores-ciudad, y con lo que ese binomio contribuyó para la definición de la ciudad de México del siglo XX.

Los flujos de la postmodernidad en la megalópolis

Dado ese precedente, una segunda premisa en las intenciones de este trabajo sería, puntualizar en aquellos elementos que permitirían ubicar a la ciudad de México en una época distinta a la que la precedió, y en ese sentido, en una circunstancia de inclusión en una postmodernidad⁴ empujada por una hiperindustrialización sustentada en un agreste neoliberalismo y en extensiones globales. Esos aspectos que incluyen a la urbe en esa condición, no han surgido de manera espontánea pese a expresarse como realidades nuevas, en razón de que se han venido manifestando como continuidad de situaciones vividas en el señalado pasado o de una modernidad que ha cedido su paso a otra.

En esos términos, si consideramos que la postmodernidad puede situarse a partir de un conjunto de condicionantes establecidas por las pertenencias económicas de sus habitantes, las perspectivas de progreso que estos han erigido, las posturas ideológicas que han sustentado a esas perspectivas, las relaciones que han construido al interior de la ciudad y con el mundo, las manifestaciones culturales por las que se han conducido, etcétera; se encontrará que, la ciudad de México efectivamente vive su postmodernidad, por supuesto con las características signadas por

⁴ Con la salvedad de que define su vida inglesa-norteamericana, y teniendo presente lo aportado por Octavio Paz, estamos de acuerdo cuando Charles Jencks, apunta: “Para mí la postmodernidad es la continuación de lo moderno y su trascendencia [...]. Post-modernismo no es antimodernismo; tampoco tradicionalismo, ni rechazo reaccionario a su antecesor. No es como los filósofos Jürgen Habermas y Jean-Francoise Lyotard argumentan, un rechazo al proyecto de la ilustración; es, la emancipación social de la humanidad, que incrementa la libertad y los derechos universales [...] (Jencks,1996:15).

su pasado reciente, pero ahora con las determinantes sumadas por el desenvolvimiento de un país encarrilado en las vías de un neoliberalismo irreflexivo y, en medio de una agresiva globalidad.

Así, en una condición de rompimiento y continuidad de los movimientos económicos, sociales y culturales, desde fines de los años setenta, la ciudad ha sido objeto de una serie de intervenciones con el objetivo de dinamizar el conjunto de las actividades económicas, sobre todo las relacionadas con lo comercial y los servicios; por supuesto esa dinámica social y territorial promovida por las aspiraciones de los diversos grupos sociales que la habitan han incidido en nuevas actitudes de los ciudadanos y nuevos tonos del traslado de culturas.

Y en efecto, las nuevas aspiraciones de los ciudadanos, han generado en la megalópolis, un conjunto de expresiones matizadas por las pertenencias sociales y culturales de cada uno de ellos, donde son por demás notables los influjos generados por la globalidad, los que se manifiestan en las conductas, prácticas, roles, perspectivas de los ciudadanos y arreglo de sus espacios; evidentemente esas expresiones, han suplantado prácticas gestadas en otros tiempos, o en situaciones muy reducidas y como producto de las resistencias locales, las han fundido con otras para llevarlas a otros niveles,⁵ generado en partes importantes de la ciudad, notas de un urbanismo que hoy puede conceptualizarse como transcultural.

Situaciones de los cambios operados en las actitudes de sus habitantes, se exteriorizan en los lugares donde se habita, las áreas donde se trabaja, los espacios de esparcimiento a los que se asiste, los libros y revistas que se leen, las vestimentas que se lucen, los grupos musicales que se escuchan, las preferencias cinematográficas que se asumen, los códigos de comunicación que se establecen, las relaciones que se suceden entre congéneres, etcétera, etcétera; huelga decir que todas esas actitudes, han dibujado o estructurado a una nueva ciudad.

Sin duda dos de las grandes intervenciones sufridas por la ciudad a fines de los años setenta del siglo pasado, fueron por un lado, la introducción de los ejes viales, con lo que dinamizó a la ciudad en su conjunto además de generarse nuevos límites a barrios y colonias; y por tanto, nuevas cotidianidades entre sus habitantes. Por otro lado destaca, la atención prestada al centro histórico a partir de enviar al oriente de la ciudad, gran parte de las actividades realizadas en la Merced; junto al hecho de reubicar, el casi el total de terminales de autobuses foráneos localizándolos en las cuatro centrales camioneras, construidas ex profeso. De ese modo,

⁵ Ya el arquitecto Manuel Amábilis desde 1933 señalaba: “Evidentemente las actuales tendencias nos llevan a la universalización del arte; la imprenta y el comercio, la mezcla de las razas y la imitación de costumbres extranjeras, así como los últimos y prodigiosos adelantos de la ciencia, han producido en la actual civilización de los pueblos un hibridismo profundo. Primer síntoma de que la humanidad, en su marcha trascendente, está ascendiendo los primeros escalones de su redención. Este hibridismo, cada vez más intenso, nos conducirá poco a poco a la destrucción de las fronteras, a la unificación de las razas, a la paz sobre la tierra. Por esto nuestro arte debe respetar profundamente este hibridismo naciente, este cosmopolitismo, no para diluirse en él, perdiendo toda su personalidad, sino al contrario, para que, abarcándolo, comprendiéndolo, sintonice a su policorde diapasón el diapasón de los ritmos de nuestro arte propio, ampliando así éste y enriqueciendo, con el arte nacional, el arte universal” (Amábilis,1933:34).

el centro de la ciudad sobre todo en su parte norte, ha sido receptáculo de subsecuentes renovaciones trazándose un espacio con nuevos acentos en el comercio, en los servicios y en la cultura; aunque la parte sur continué siendo una zona más popular donde hacen su sitio desde indigentes, carteristas y prostitutas hasta cada vez más multiplicados vendedores ambulantes.

Con esas nuevas particularidades, la ciudad se ha ensanchado abrigando actividades punta mismas que se han alojado en exclusivísimos conjuntos, donde se practica una nueva forma de hacer urbanismo, ejemplos de esos conjuntos son áreas como Interlomas, el Complejo Santa Fe, la parte sur y norte de Periférico, partes de Insurgentes o partes de Polanco. Así, para el principio del siglo XXI, la ciudad no sólo ha dado cabida a las renovadas actividades, cotidianidades o maneras de conducirse entre los grupos sociales que aquí habitan, ha dado cabida a envolventes arquitectónicas de la postmodernidad, a saber; Posmodernos, Alta Tecnología, Deconstructivismos, además de algunas edificaciones con notas de lo aún considerado como nacional. Axiomáticamente, la nueva nota en las edificaciones es el uso de los aceros y aluminios de alta resistencia, los vidrios para alto impacto y la diversidad de plásticos.

Sin embargo, como su parte contradictoria se han extendido nuevas zonas deprimidas en Chimalhuacán, Tlalnepantla, Valle de Chalco, Ecatepec, Iztapalapa, Tlalpan y la Álvaro Obregón donde son frecuentes los derrumbes, las tolveneras o las inundaciones; y pese a que en ocasiones en estas zonas se busca copiar lo que se ve en las zonas de buen nivel económico, se continua reproduciendo una arquitectura cuya nota de distinción es la parte deprimida de la postmodernidad.

Pese a esa condición de desigualdad de la nueva era, los ciudadanos en una cotidianidad donde se ha sustituido a la búsqueda de encuentros en calles, mercados o plazas de otrora pueblos, acuden a las distintas plazas o a los distintos supermercados extendidos a lo largo y ancho de la ciudad, sobre todo después de la aparición de Plaza Universidad en 1969; estas plazas señalan hoy, la nueva pertenencia adquirida por la ciudad en relación con las actividades económicas, a la vez que los niveles de ingresos y aspiraciones de sus usuarios. Por supuesto en una situación diferenciada pero bajo los mismos impulsos, a lo largo de las siguientes décadas se han ido construyendo otras plazas dirigidas a los diversos estratos sociales que aquí cohabitan.

De ese modo como centros de consumo se les puede encontrar en desde las dirigidas a grupos de ingresos altos tales como Perisur —uno de sus hitos—, Coyoacán, Santa Fe o Interlomas, hasta plazas erigidas en zonas de mediano o bajo nivel económico como son los casos de las Plaza Churubusco, Ermita, Guelatao o Iztapaluca.⁶ Esas plazas, ofrecen desde artículos de

⁶ Esa manera de igualar comportamientos y preferencias, Jameson la refiere así: “De lo que nos damos cuenta entonces es de que ninguna sociedad ha estado nunca tan estandarizada como ésta, y de que la corriente de temporalidad humana, social e histórica no ha fluido nunca de un modo tan homogéneo. Incluso el gran tedio o *ennui* del modernismo clásico requería algún lugar estratégico o posición de fantasía del sujeto fuera del sistema; sin embargo, nuestra época es la de la televisión o variedades mediáticas postnaturales y postastronómicas, triunfantemente artificiales por el poder de sus imágenes en el *National Geographic* o el *Weather Channel*: de tal modo que sus grandes rotaciones —en deportes, coches último modelo, moda, televisión, año

primera necesidad, hasta productos donde se expresa la forma en que los medios de comunicación han inducido al consumo a los habitantes de la urbe a partir de los mensajes provenientes de televisión, el cable y el Internet instrumentos estos principales propagadores de la cultura global.

Y es que en esa búsqueda de nuevas pertenencias, los capitalinos se realizan a través de la adquisición de objetos de primera necesidad como ropa, zapatos, aparatos electrónicos, etcétera, y objetos que a semejanza de los ofrecidos en tiendas neoyorquinas y como remedos de obras clásicas —hechos en China—, se ofrecen a los ciudadanos; en su caso más modesto, compran un disco compacto que trae música o alguna película que no se ha estrenado en el país —por supuesto pirata— o, consumir una simple hamburguesa o un perro caliente en los normalizados expendios localizados en algunos de esos centros.

Y así como se han desarrollado nuevas formas de distribución de productos en la ciudad con las plazas comerciales, como complemento se han desenvuelto —por supuesto con otras dimensiones— los asuntos financieros; ese desenvolvimiento han diversificado el carácter de los bancos, para anexar a sus actividades, las provenientes del uso de los cajeros automáticos, las afianzadoras, oficinas de seguros, despachos de asesoría en cualquier rubro, casas de bolsa, centros financieros, etcétera, etcétera. De ese modo, en cualquier área de la ciudad —y por supuesto con los límites signados por su pertenencia económica—, cualquier ciudadano a partir del despunte de esas actividades puede realizar cualquier transacción financiera o comercial sea en la ciudad, con el exterior e incluso desde la tranquilidad de su hogar.

Así al elevarse las posibilidades de uso de la tecnología, los ciudadanos se han beneficiado con el uso de diversos artículos producto de las relaciones establecidas con el exterior; sea ello desde un teléfono celular, un reproductor de discos compactos, un horno de microondas, una televisión en color, un reproductor de video discos, un aparato de sonido; hasta un automóvil de los que circulan sólo algunos. Inefablemente sucede que los aparatos de sonido —según rezan los manuales para uso—, pueden matizar el tipo de música a la cual se puede acceder y la cual generalmente es clásica, jazz, pop o rock, y donde por supuesto, no se plantea como posibilidad de recreación de escuchar música ranchera, nortea y mucho menos una pircua.

Así, los avances tecnológicos, las relaciones con el exterior y la estructura adoptada por la ciudad, permite a ciudadanos el acceso a una computadora, a un nintendo, a una conexión con el mundo a través de la antena parabólica o el Internet desde sus propias casas, espacios de trabajo; o en su caso, a partir de rentar uno de esos sistemas en el local de una plaza comercial o en una accesoria de cualquier colonia periférica signada con anuncio que luce un “Café Internet”. Ese

escolar o la *reentré*— simulan por interés comercial ritmos que antes eran naturales, y reinventan imperceptiblemente categorías arcaicas tales como la semana, el mes, el año, sin tener para nada el frescor y la violencia de, por ejemplo, las innovaciones del calendario de la revolución francesa” (Jameson, op.cit.:24-25).

disfrute del desarrollo tecnológico, coadyuva a disipar la soledad que connota a buena parte de los ciudadanos —otra de las notas de la postmodernidad—, a través de ensanchar las relaciones interpersonales a distancias continentales con la ayuda del Internet, pudiéndose forjar éstas, desde cualquier colonia periférica sea ésta de elevados recursos o de escasos.

Esa posibilidad, permite establecer una conversación con alguien que habita la misma ciudad, otro país u otro continente; más aún, esa manera de ser posmodernos ha logrado que el nivel de esas relaciones pase de los simples intercambios que se realizaban de manera personal o por medio de un escrito en papel, al intercambio vertiginoso de escritos obtenidos en tiempo real; pero, además, a los cada vez más ampliados desahogos sexuales de tipo virtual.

En una condición donde sobrevive un tipo de nostalgia —porque aún se busca un disfrute colectivo—, buena parte de los ciudadanos, asiste al encuentro de alguna función en alguno de los remodelados cines los que como efecto de la búsqueda de la máxima ganancia, se han dividido en pequeñas salas; esta aún buena costumbre, permite situarse al día en las películas de moda, o en su caso, empaparse de las películas que estuvieron en la última muestra internacional. Lo anterior, en su caso ofrece objetos de conversación en los espacios que se suceden entre las clases en una preparatoria situada en Chimalhuacán o en Arboledas; a la vez que, sirve para construir un espacio de ocio en algún café del sur de la ciudad o de la Zona Rosa.

Los salones de baile —o lugares “de sano esparcimiento” o de “ambiente familiar”— han evolucionado por un lado, hacia espacios públicos denominados “discos” los que se pueden localizar en la Zona Rosa, en la colonia Roma o en Ciudad Satélite; espacios donde se hace gala de los contoneos aprendidos a los intérpretes de moda, y donde se consume desde un simple refresco hasta una droga plástica. Y por otro, hacia las “tocadas” en las calles, acontecimientos que previa cuota permiten en zonas como la colonia Caracoles, el Sol, Xalpa, o la San Felipe, seguir el ritmo de una cumbia traída de los pueblos jóvenes de Lima, Perú; o un corrido que registra la vida de los migrantes en los Estados Unidos. En estas últimas sucede que, uno de los termómetros para otorgar una buena calificación a lo disfrutado, es que se registre algún enfrentamiento entre bandas donde se pueden ver volar piedras, palos, botellas, bombas molotov y balas; o, ver la golpiza inmisericorde que le propinan diez o quince individuos a uno solo.

Siguiendo lo mismo y como una de las maneras en que se despliega la idea embellecedora de la nueva era, en los diversos grupos sociales que conviven en la urbe, se pueden encontrar preferencias musicales hacia grupos que con la ayuda de los medios de comunicación venden ya no su música, sino su imagen —que incluye cuerpo y caras— y en ese sentido forman estereotipo que paulatinamente van normando actitudes y preferencias sobre todo entre jóvenes. Una situación ya recurrente es que, sobre todo intérpretes que vienen del exterior, logren agotar en un día los lugares para un concierto en el foro Sol —previa reservación con tarjeta de crédito—.

Por supuesto, otros sectores voltean hacia el denominado rock mexicano que con variaciones en el ritmo que se extiende desde la simple copia venida del exterior hasta la interpretación de la nostalgia respecto a un pasado reciente. De igual modo y particularmente en los municipios que ha venido absorbiendo la ciudad, un sector especial de los ciudadanos, reciclan una tradición campirana que con la referencia a la tambora e igualmente haciendo uso de imágenes gestadas en la postmodernidad, evocan los cambios ocurridos en sus espacios sociales.

Lo anterior se complementa con la aparición de otras formas de convivencia como la existente en el Mercado del Chopo —localizado ahora en Buenavista—, donde jóvenes matizan su pertenencia a partir de lo que visten, los colores de su vestimenta o lo que se cuelgan; por cierto estos mismos jóvenes, han generado espacios donde pueden adquirir otra personalidad —por supuesto grupal— al tatuarse o perforarse, en sitios que pueden ocupar algún local ya establecido o que forman parte de los tianguis que se extienden en días preestablecidos a lo largo de la urbe.

Esa actitud de grupos, en una dinámica que acompaña a la búsqueda de nuevas identidades, induce a los habitantes de la ciudad, a convertirla en un foro para sus mensajes, en ese sentido y en ocasiones buscando adquirir tonos como los de Times Square en New York o del Boulevard Clichy de Paris, se muestran anuncios luminosos en las principales avenidas de la ciudad, donde marcas comerciales, compiten contra otras modificando esencia y apariencia de la ciudad. En la misma aspiración y siguiendo las pintas que propagandizó la película de los Guerreros allá por de los años setenta, jóvenes para comunicarse con la sociedad que los generó —y en buena medida para expresarle sus rencores—, delimitan sus espacios y convierten en medios de expresión a muros de cualquier parte de la ciudad; en especial en los que se extienden en las periferias deprimidas y sin importar que sean parte de monumentos históricos.

Indudablemente, ese disfrute diferenciado de los beneficios de la postmodernidad y de los diversos espacios de la urbe, ha generado en todo el conjunto urbano, no sólo efectos en los niveles de vida, también a incidido en un acendrado aislamiento, incremento de la violencia, falta de solidaridad y creciente desconfianza de unos hacia otros.⁷ Más aún, esas condiciones han producido lo que se podría denominar una nueva territorialidad, que no es más que una nueva fragmentación de la ciudad, y que se expresa en la conversión de espacios públicos por excelencia, a privados; generándose de ese modo, parques solitarios y calles enrejadas.

⁷ Fredric Jameson, aunque con otros contextos, en relación a ese aspecto señala: “Hay que invocar también aquí una serialidad esencial de la política de pequeños grupos, y un efecto serial por el que cada grupo, manejando continuamente su propia forma de influencia e intimidación por el prestigio, se imagina simultáneamente a sí mismo como una minoría oprimida por otro grupo (que, a su vez, se siente exactamente igual) (Jameson, op.cit.:65-66). En otro nivel Nestor García Canclini, señala “El vértigo y la incertidumbre que produce tener que pensar a escala global lleva a atrincherarse en alianzas regionales entre países y a delimitar —en los mercados, en las sociedades y en sus imaginarios— territorios y circuitos que para cada uno serían la globalización digerible, con la que puedan tratar” (García,2000:13).

Aquí aparece uno de los aspectos lamentables de la postmodernidad por la que se conduce la ciudad, en el sentido de que experimenta ya no una simple segregación de clases sociales; las mismas clases sociales se han dividido de acuerdo a particulares intereses o formas de penuria, obligando a la conformación de zonas muy específicas de la ahora Megalópolis. Y pese a que algunos de esos espacios se han conformado en situaciones de protección de los mismos grupos, buena parte de las nuevas zonas subsisten agrediendo; en ese sentido, la ciudad muestra una delimitación espacios como obra de bandas juveniles, o en su caso, espacios casi inexpugnables definidos por grupos delictivos.

Si bien algunas de las actitudes señaladas se aspiran y se asumen, existen otras condiciones de la urbe que aunque no se deseen, son la cotidianidad de parte importante de aquellos. Y en efecto, esta ciudad que se muestra como una de las urbes más pobladas del mundo, que ostenta una serie de edificios que la colocan como parte de la red de ciudades que ha construido la globalidad, que se incluye como una pieza fundamental dentro de uno de los bloques que hoy dinamiza la competencia en el ámbito mundial, muestra una serie de condiciones que la han convertido en un sitio con inadecuados niveles de vida y de funcionamiento para amplios grupos de la población quienes viven en la pobreza. Y es que, esa gran parte de los habitantes, muestra diferencias en el disfrute de viviendas, calles, espacios de recreo, vigilancia, áreas verdes, agua potable, espacios alumbrados, desalojo de las aguas ya utilizadas, eliminación basuras, control de plagas, etcétera; así, esos millones de pobladores lejos de disfrutar esa postmodernidad, la padecen.

Dadas esos determinantes, si se acepta que los cambios en la manera de satisfacer necesidades, en la adopción de pertenencias culturales, en las cotidianidades desarrolladas, en el disfrute de los adelantos tecnológicos, en las relaciones entre habitantes, etcétera, etcétera, muestran condiciones distintas a las existentes en otra época; si se conviene que, esta época en mucho es resultado de las relaciones que ha establecido la sociedad mexicana con otras sociedades a través de los intercambios sociales, económicos y culturales, puede aceptarse que la ciudad efectivamente vive su postmodernidad aunque ello sea en una condición lamentable. No obstante, si se considera que esa postmodernidad debe mostrar mayores condiciones de avance, la ciudad de México debía contener una serie de cualidades que implicaran mayores condiciones de progreso entre todos sus habitantes.

Las posibilidades para la ciudad

Al iniciarse el siglo XXI, los sectores empresariales han renovado sus proyectos modernizadores y sus ligas con el exterior, en ese contexto, como tradicionalmente lo ha hecho, la ciudad de México tendrá que sustentar parte de las acciones que en ese sentido se instrumenten; máxime que por sus atributos, la ciudad se desenvuelve hoy como parte de la

estructura mundial que la globalidad ha construido. Pese a todo, la ciudad de México deberá cumplir con las promesas que hoy difunde la postmodernidad, en ese sentido aceptada esa postmodernidad —independientemente de la voluntad de quienes la disfrutan y la padecen—, todos los grupos sociales y esferas de gobierno habrán de preocuparse por los problemas y desigualdades que se continúan, e indefectiblemente habrán de cumplirse las condiciones de habitabilidad de una ciudad del siglo XXI. Esas condiciones podrían ser:

1. Una adecuada reproducción de todos sus habitantes, proporcionándoles espacios para el desarrollo de actividades vitales y de reproducción misma.
2. El pleno desarrollo de sus actividades, sean éstas de tipo económico, social, cultural o vida política.
3. Las posibilidades de acceder de manera segura y fluida, a las distintas áreas que conforman la ciudad.
4. La mejora y afianzamiento de relaciones de solidaridad y cooperación entre habitantes.
5. Una adecuada relación con el medio ambiente, al mismo tiempo que su mayor disfrute.
6. La protección de los habitantes ante la ocurrencia de los frecuentes accidentes naturales.
7. Un territorio socialmente seguro que permita a sus habitantes la realización de sus actividades sin presiones de ninguna especie, y.
8. Un espacio que sea objeto de la preservación de su memoria histórica, a partir de propiciar una sólida relación entre habitantes con lo construido a través del tiempo, en tanto como obra de habitadores que existieron en el pasado, esas edificaciones son vínculos con la historia; no es negar otras culturas, es reflexionar frente a la manera en que se reciben, en tanto ello debilita nuestra identidad.

Por supuesto, en la medida en que se facilite el cumplimiento a éstas y otras condiciones en conjunto de la ciudad, o en su caso, se tenga acceso a un mínimo aceptable de ellas, la ciudad estaría en posibilidades de ofrecer a quienes la habitan, un conjunto de espacios y de circunstancias que permitirían su desarrollo óptimo; de ahí que para obtener mayores beneficios de esta nueva época, se insista en esfuerzos transformadores que procedan de aspiraciones razonadas y de conjunto. Ese esfuerzo requiere del concurso de cada uno de sus habitantes, pero, además, de la inclusión de una gama de profesionales que se avoquen a estructurar alternativas de solución a los problemas, mismas que resulten de una objetiva caracterización de éstos, e indudablemente, que muestren un elevado manejo técnico de las situaciones.

Bibliografía

- Amábilis, Manuel (1933), *Donde*, México, Imp. E. Gómez.
- Contreras, Carlos (1933), *Plano Regulador para el Distrito Federal*. México, Talleres Gráficos de la Nación.
- Ebenezer, Howard (1971), “Las ciudades-jardín del Mañana” en Aymonino, Carlo (1971). *Orígenes y Desarrollo de la Ciudad Moderna*. Barcelona, Gustavo Gili.
- García Canclini, Nestor (2000), *La Globalización imaginada*. México, Paidós.

García Cortés, Adrián (1972), *La Reforma Urbana de México*. México, Bay Gráfica y Ediciones.

González Gamio, Ángeles (1994), “México, Ciudad de las Tres Culturas” en Romero, Héctor M. (1994), *Enciclopedia Temática de la Delegación Cuauhtémoc*. México, Comercializadora de Impresiones Selectas.

Jameson, Fredric (2000), *Las Semillas del Tiempo*. Madrid, Trotta

Jameson, Fredric (1998), *Teoría de la posmodernidad*. Valladolid, Trotta.

Jencks, Charles (1996), *What is Post-Modernism*. London, Academy,

Lo, Fu-chen (1998), *Globalization and the world of large cities*. EUA, UNU.

López Rangel, Rafael (1989), *La Modernidad Arquitectónica Mexicana*. México, UAM-A.

Paz, Octavio (1993), “Poesía y modernidad” en *Obras Completas*, México, Fondo de Cultura Económica, t.1.

Sánchez Ruiz, Gerardo G. (2002), *Planificación y Urbanismo de la Revolución Mexicana. Los sustentos de una nueva modernidad en la ciudad de México, 1917-1940*, México, UAM-A/Asamblea Legislativa.

Soja, Edward W (2001), *Posmetmodern geographies*. Great Britain, Verso.